

CAPITULO X

MI EMBARQUE Y LLEGADA Á LA HABANA.—INVADEN Á MÉXICO LOS NORTE-AMERICANOS.—LA PATRIA ME LLAMA Á SU DEFENSA.—ACONTECIMIENTOS INESPERADOS QUE IMPIDEN LA DERROTA COMPLETA DE LOS INVASORES.—MI FINAL CAMPAÑA.

En 19 de Mayo de 1845 se me embarcó en el paquete inglés, y al quinto dia llegué al puerto de la Habana. El Capitan General don Leopoldo O'Donell, al saber que me encontraba á bordo del paquete, tuvo la atención de invitarme á desembarcar, enviándome con un Ayudante la fálua de la capitania general y aunque tenia intencion de continuar á Caracas, no pude negarme á tanto comedimiento: desembarqué luego con mi familia. El General O'Donell hacia honor al puesto que ocupaba, y su comportamiento para conmigo fué tan noble, que fijé allí mi residencia. Por ese tiempo, el gobierno de los Estados Unidos, saboreando la provincia de Tèxas que se habia anecado, codiciaba la Alta California y el Nuevo Méjico, vastos y ricos terrenos. Para la adquisicion tenia la fuerza, y se lanzó sobre su vecina y hermana debilitada por la discordia civil; nada le im-

portaba la injusticia y escándalo: lo podia y esto bastaba. El General Zacarias Taylor comenzó á hostilizar á las tropas mexicanas de la frontera, consiguiendo ventajas sobre ellas en Palo Alto y la Resaca por la impericia del funesto General Arista. Declarada la guerra, los buenos mexicanos recordaron mis servicios y popularmente me llamaron. Un veterano de la independecia no podia escusar sus débiles servicios á su patria en peligro: acepté el llamamiento. Fleté un vapor que pagué de mi peculio y me introduje en el puerto de Veracruz burlando el bloqueo. Fste hecho ocurrió el 12 de Septiembre de 1846. Mi repentina aparicion causó vivas sensaciones de contento ¡Qué mutacion! El pueblo veracruzano con sus festejos parecia empeñado en el olvido del atentado sacrilego de una faccion impia, el fatal 6 de Diciembre de 1844. En el tránsito hasta la capital una continua ovacion. La satisfaccion fué completa. Los negocios presentaban un triste aspecto. No habia un peso en caja. Las rentas empeñadas no podian cubrir los gastos indispensables; ejército disponible no existia; la parte mas florida habia sufrido en la frontera; otra parte, á las órdenes del General don Pedro Ampudia, capitulaba en la ciudad de Monterrey, y el resto desanimado en la vasta estension del pais; los cuadros reunidos en la Capital no marchaban á sus destinos por falta de socorros. Y esto acon-

tecia avanzando triunfante el General Taylor. Sin embargo, no me faltó la fé; comencé la tarea con abnegacion. Fué mi presencia necesaria en la ciudad de San Luis Potosí y marché luego á establecer en ella mi cuartel general, pues ademas de ser punto estratégico reunia otros elementos que se necesitaban. Todo se iba preparando con destreza, una sola cosa me acongojaba, y me interrogaba á mi mismo: sin una comisaría bien provista, ¿cómo cubrir tantos gastos? En un principio la Tesorería general de la Nación, proveía á la comisaría del ejército con cantidades que si no llenaban todas las necesidades, cubrían las precisas del soldado; mas faltó ese auxilio y los apuros llegaron á su colmo, aumentándose las atenciones cada dia. A mis comunicaciones el gobierno contestaba con esperanzas y evasivas. Mi pena crecía al ver el abatimiento de los jefes y oírles decir: no hay ya quien nos quiera fiar el pan y la carne para la tropa.

Para que nada faltara á la situación, y como si quisiera poner á prueba mi paciencia, una facción traidora propagaba: «El General Santa Anna tiene relaciones con los invasores, lo dejaron desembarcar en Veracruz: traiciona. . . .» El ejército, con su buen sentido despreció tales invenciones y calumnias, acatando así la justicia. Acongojado, fatigaba mi mente buscando un medio de salir con lucimiento de posición tan difícil y sólo

se presentaba «la victoria.» La inacción veíala como signo de muerte en medio de tanta penuria: «la victoria» nos colocaría en buena posición, nos salvaría. El enemigo no daba señales de moverse, y necesario era buscarlo en sus lejanos campamentos, donde podía sorprenderse y batírsele en detalle, habiendo perdido su mejor caballería en la reciente sorpresa que la brigada Miñón le dió en la hacienda de la Encarnación. Por estas ideas dominado, tomé al fin mi resolución: marchar en busca del enemigo. La falta de dinero hacía imposible el movimiento, necesitábanse mas sacrificios de mi parte, y no vacilé en prestarlos de esta manera. En la casa de moneda se acuñaban cien barras de plata, y dispuse del producto, dando en hipotecá todas mis propiedades [medio millon de pesos] entretanto la Tesorería general pagaba los cien mil pesos que ellas importaban y los intereses. La comisaría del Estado pidió cuarenta y seis mil pesos mas para cubrir los presupuestos de un mes, y esta suma la libré á cargo de mi corresponsal en Veracruz, don Dionisio T. de Velasco. A esfuerzos tantos se debió que en Enero de 1847, los habitantes de San Luis Potosí vieran admirados en marcha á diez y ocho mil hombres en cuatro divisiones, equipados de todo, instruidos y con un buen material de guerra, en solicitud de los invasores, que tanto miedo les habían puesto, quedando la ciudad bien guarnecida.

Los dignos jefes de ese ejército se esmeraron en educar militarmente á los hombres rudos de los contingentes, que llegaban en cuerda al cuartel general, mas no pudieron introducir en sus corazones los nobles sentimientos de que debian estar animados, como distinguidos ciudadanos de la República que los honraba, confiandoles su defensa; así fué que pasé por el dolor de ver mis filas disminuidas en cuatro mil hombres por la desercion que no se pudo evitar. Siendo de esto lo sensible, ¡ahl parece increíble, que uno de esos miserables frustrara todas mis combinaciones é hiciera inútiles tantos sacrificios, casi en los momentos en que las operaciones tocaban á su término con felicidad. Véase el hecho: En la hacienda de la Encarnacion, á diez leguas de los invasores revisité al ejército de operaciones del Norte de mi inmediato mando, y no obstante la baja espresada que se notaba, quedé complacido de su buen estado. Al retirarse los cuerpos á sus campos, un soldado del escuadron de coraceros, llamado Francisco Valdés, desertó aprovechando la noche que comenzaba, llevándose dos caballos del Capitan de su compañía, á quien servia de asistente. El desertor caminaba en direccion á la ciudad del Saltillo, lugar de su nacimiento, al asaltarlo una partida enemiga que lo condujo luego á la presencia del General Taylor á quien ofreció: «que te haria revelaciones importantes si le conce-

dia continuar su camino con toda libertad.» Concedido lo que solicitaba, dijo su procedencia y dió noticias de cuanto sabia. Taylor, que juzgaba al ejército mexicano en incapacidad de moverse á tanta distancia, quedó sorprendido al saber que lo tenia tan cerca; aprovechó los instantes y concentró sus fuerzas en las alturas de la Angostura; posicion ventajosa en el camino del Saltillo que tenia bien conocida. El General Taylor disponia de nueve mil hombres distribuidos en tres campos, distantes uno de otro cinco leguas, formando un triángulo: el Saltillo, la Vaquería y Agua Nueva. Sin aviso tan oportuno del coracero desertor, Taylor no hubiera podido evitar la sorpresa y la consiguiente derrota en detalle. Con la esplicacion precedente cualquiera distinguiria la mano de la fatalidad frustrando mis afanes y mis esperanzas. No cabia duda, los invasores tenian razon al repetir «Dios nos protege». La desesperacion que de mí se apoderó al ver el campo de Agua Nueva, no tiene esplicacion. . . . ¿Cual fué la causa de tal novedad? me preguntaba. No atinaba, ni por la imaginacion me pasaba que un traidor salido de mis filas habia alertado al enemigo. Deploraba amargamente la esterilidad de tantos sacrificios, y mi confusion acrecentaba al interrumpirme un parte del jefe de la descubierta, escrito con lapiz en una tira de papel con este contenido: «Mi General,

el enemigo se encuentra reunido en la Angostura y en aptitud de batirse.» El honor y el deber demandaban seguir de frente y así se ejecutó. Una batalla sangrienta tuvo lugar en los días 22 y 23 de Febrero: mis reclutas siguiendo á sus bravos oficiales tomaron posiciones difíciles, á la bayoneta. Taylor fué batido perdiendo tres piezas de artillería, una fragua de campaña, tres banderas y mas de dos mil hombres muertos, heridos y prisioneros, librándolo de una completa derrota la noche del segundo día de batalla. El ejército de mi mando tuvo la baja de mas de mil quinientos hombres muertos y heridos, entre estos, tres oficiales generales. Mi caballo herido en la cabeza me arrojó en tierra sin causarme lesion alguna, pues luego pude montar en otro y continuar en mis funciones. La situacion presentábase bastante lisonjera, nadie en mi campo dudaba que la victoria quedaria completa al día siguiente; todo pues, era contento; mas, ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! repentinamente el contento convirtiase en pena y desesperacion ¡¡¡Revolucion en la capital!!! En efecto, un correo extraordinario conducia un pliego de los Supremos Poderes que daba tan fatal nueva. Los Supremos Poderes disponian: «que estando atacados por una faccion armada en su propia residencia, el ejército corriera á salvarlos y con ellos el orden y las leyes.» El Ministro de la Guerra prevenia terminantemente:

«la contramarcha del ejército», en su concepto, era preferente á todo la conservacion del gobierno en las circunstancias en que la nacion se encontraba. Aturdido por tan inesperada ocurrencia, y en gran necesidad de descanso encomendé á una junta de generales la deliberacion. Mi cabeza menos fatigada con el descanso, dediqué mi atencion á imponerme de la opinion y resolucion de la junta. Encontré sus razones fundadas y de imprescindible deber cumplimentar los mandatos de los Supremos Poderes y aprobé lo acordado. . . . En consecuencia la contramarcha se efectuó al día siguiente. Habia necesidad de desembarazarnos de mas de cuatrocientos prisioneros, que esigian cuidado y mantencion, cuando la proveduria se encontraba tan escasa de raciones, y dispuse una demostracion de generosidad, enviando á Taylor sus prisioneros que él estimó en mucho: al jefe conductor le dió cama en su tienda de campaña para que pasara la noche y lo atendió extraordinariamente. Esto proporcionó que el mismo Taylor le contara la ocurrencia del coracero desertor que caminaba para el Saltillo. al ser interceptado, confesando franca mente que á esa casualidad debió librarse de la sorpresa. Dicho jefe conductor hablaba el inglés y tuvo facilidad de entenderlo bien. La contramarcha produjo un gran disgusto en todas las clases del ejército: en los semblantes se veia la tristeza y la desesperacion. El

gobierno repetía sus órdenes y las marchas se reforzaban. Para obsequiar mejor los deseos del gobierno, me adelanté seguido no más de mi Estado Mayor y de una escolta: jornadas hice hasta de treinta leguas al día, consiguiendo así llegar con oportunidad á la ciudad de Guadalupe Hidalgo. Con mi presencia cesó la escena de escándalo que se representaba: los insurrectos reconociéndome en mi carácter de Presidente, obedecieron mi intimación, depusieron las armas y se retiraron á sus casas. Ejerciendo las funciones de Presidente de la República, otorgué á nombre de la nación amplia amnistía convocando á los mexicanos sin escepcion de color político á que se colocaran bajo el estandarte nacional todos unidos, contra el enemigo comun y salvaran los grandes intereses que se versaban. En completa tranquilidad la capital, las cosas tornaban á su estado normal. Preparábame para regresar á San Luis Potosí, y me detiene otra noticia fatal de la parte oriental. El gobernador del Estado de Veracruz dirigió por extraordinario violento el parte siguiente, fecha en Jalapa: «Tengo el sentimiento de poner en conocimiento del Supremo Gobierno que la fortaleza de Ulua y la plaza de Veracruz están en poder del General americano Wienfield Scott, porque el Comandante General don Juan Morales las ha rendido á discreción sin probar el combate, contando con seis mil buenos soldados

y recursos de todas clases, para sostener el tiempo necesario para ser reforzados. Se contaba también con la gente de la orilla bien entusiasmada. El General Scott ha desembarcado un numeroso ejército.» Así de suceso en suceso el país iba hundiéndose en un abismo. Estendí mi vista al rumbo invadido, y no percibí preparación alguna que oponer al invasor. El camino pues lo tenía espedito para internarse sin inconveniente alguno. Aspecto tal comprimó mi corazón. Pero ¿cómo no hacer un esfuerzo para estorbar el paso á ese enemigo, siquiera por honor de la nación? Preferente me pareció el peligro mayor y determiné tomar aquel rumbo. El congreso nombró Presidente interino al General don Pedro Anaya para dejarme espedito. Cerro Gordo fué el punto en que me fijé, para disputar el paso al invasor; fuerte por naturaleza á diez y ocho leguas de Veracruz, en el camino de rueda que el enemigo tomaría, y situado entre las temperaturas caliente y fría, llenaba mi objeto. Velozmente me coloqué allí. Ninguna obra de fortificación había: peones de mi hacienda del Encero (Lencero) comenzaron á despejar el terreno. Al Teniente Coronel de Ingenieros, don Manuel M. Robles Pezuela encargué los primeros trabajos en los que se ocupó sin descanso. Llegaban fuerzas y material de guerra, subíanse piezas de cañón á las alturas; con la fatiga incesante, los atrincheramientos adelanta-

ban, todo estaba en movimiento, hasta que la presencia de los invasores nos interrumpió á los cuatro días. El General Scott, sabiendo que dando tiempo á la reunion de fuerzas y á los adelantos de la fortificacion le seria difícil ó muy costoso el paso por Cerro Gordo, apresuró sus movimientos. Destinó una de sus divisiones á tomar el cerro del Telégrafo [la altura principal], y en toda una tarde no lo consiguió, dejando el terreno cubierto de sus cadáveres. Scott alarmado por ese descalabro, atacó con todas sus fuerzas en la mañana siguiente, la posicion fue defendida valerosamente cinco horas; cuatro mil milicianos inesperados resistieron el empuje de catorce mil veteranos con brillante armamento, causándoles pérdidas considerables; y cuando no pudieron más tan bisarros milicianos se retiraron ordenadamente, por veredas desconocidas del enemigo. El General Scott en el parte á su gobierno referente á la ocupacion de Cerro Gordo, exagera en mucho el número de sus defensores, diciendo además que los desalojó de posiciones inaccesibles á la bayoneta.

Mi retirada la hice para la ciudad de Orizaba donde se me incorporó una seccion de mil doscientos hombres, procedentes de la Mixteca, á las órdenes del General Don Antonio Leon. Amenazada la Capital era indispensable ausiliarla y defenderla, con oportunidad me puse en marcha en aquella direccion. En el pueblo de Amozoc me

encontré la vanguardia de Scott, mandada por el General Worth. Este intentó detener mi marcha con un cañoneo precipitado; pero me convenia llegar á Puebla antes que él, y me desentendí de su demostracion: abrevié el paso. La belicosa Puebla preparaba amigable acogida á los huéspedes que esperaba. A una comision en lujoso carruaje encontré en la garita: habia equivocado mis fuerzas con las Worth. Sorprendidos los individuos de la comision al reconocermes, declararon su error. El Prefecto de la ciudad en los avisos que mandó fijar en las esquinas recomendaba la hospitalidad. Conducta tan degradante no podia soportarla: reconvine al Gobernador del Estado don Rafael Inzunza y al Comandante General don Cosme Furlong, quienes la consideraban indispensable para salvar de violencias á la poblacion inofensiva, supuesta la falta de medios para resistir. Aparté mi vista de cuadro tan doloroso prosiguiendo la marcha. La capital no presentaba mas halagüeño aspecto; baste decir: que á la entrada de los defensores de lo integridad y del honor nacional la gente del pueblo decia en voz alta: estas fuerzas vienen no mas á comprometer la ciudad. Pero la hora de prueba se acercaba y hacíase necesario un esfuerzo supremo. Para conocer la opinion del vecindario acomodado y la de los Generales y jefes influentes convoqué una reunion numerosa en el salon principal del

Palacio. La amargura comprimida en mi pecho la desahugué en el seno de esta reunion, demostrando esplicitamente cuanto sucedia en los momentos mismos en que mas se necesitaba de la animacion, denuedo y coraje. Y como la palabra salida del corazon naturalmente es elocuente, conmoví los ánimos de los concurrentes, de manera que mi razonamiento fue acogido por los que tomaron la palabra despues, resultando: que la sesion terminó con entusiastas protestas de sostener á todo trance el honor y los caros intereses de la nacion. Acordada la defensa de la Capital, el Congreso cerró sus sesiones, invistiendo al Presidente de la República con facultades estraordinarias. En proporcion de las necesidades habian de ser los esfuerzos. Detenerme en explicar la situacion sombría de aquellos días, las dificultades que se me atravesaban á cada paso que se daba, y cuanto hubo que hacer para poner defensa á la Capital, seria tarea difícil si no imposible. Me limitaré por tanto á esplicaciones precisas, á aquellas que basten á presentar las cosas como fueron verdaderamente y puedan juzgarse sin equivocacion. Los trabajos comenzaron por la organizacion de los cuerpos de todas armas en número de veintidos mil hombres que fueron llegando en cuerdas de los Estados; alistáronse cien cañones de varios calibres; las maestranzas y fundiciones, los talleres de vestuario y de monturas no descansaban;

el radio estenso de la ciudad se fortificó, construyéndose á la vez fuertes estacadas en las principales avenidas; en resúmen, en tres meses de asiduos trabajos la Capital de la República presentóse imponente, en capacidad de defenderse ventajosamente. Mas mis afanes parecian estimular los de la faccion traidora. Esta habia tomado por enseña la paz que invocaba hipócritamente. Con sus tenebrosos manejos consiguió entibiar los ánimos al grado de ausentarse y esconderse los capitalistas, para evadirse de préstamos ó donativos; y la poblacion en general la convirtió en indiferente, como si no fuera obligatoria la defensa comun. Y esto ocurría ocupando los invasores á Puebla. La detencion de Scott en Puebla [tres meses] dió lugar á prepararnos; así fue que al presentarse en el mes de Agosto en el Valle de México con veinticuatro mil hombres y un gran tren, nos encontró en disposicion de hacerle frente.

El General Scott reconoció la entrada principal nombrada el Peñon; y advertido por sus ingenieros de no estar practicable, se dirigió á Mexicalcingo y despues á la hacienda de San Antonio. Estas dos entradas tampoco le parecieron practicables y el ejército hizo alto en la ciudad de Tlalpam, á cuatro leguas de la capital.

Dejo asentado que en esa injusta guerra promovida por nuestros vecinos del Norte, la des-

gracia pesaba constantemente sobre los mexicanos: fijese la atencion en los acontecimientos que siguen y se verá este aserto confirmado.

El General don Gabriel Valencia estaba en observacion en el pueblo de San Angel con una lucida division de cinco mil hombres con treinta piezas de batalla, y malignos agentes de la faccion traidora lo rodearon con el perverso designio de inducirlo á que causara un trastorno cualquiera: ellos conocian bien su tendencia al Poder y faciles fue precipitarlo persuadiéndolo: que bastaba la division de su mando para alcanzar un triunfo importante, que lo conduciría indudablemente á la Primera Magistratura en medio de los aplausos del pueblo. Valencia, trastornado con la seducccion y la lisonja, se lanzó á obrar por su cuenta, y como si se propusiera sacar al jefe invasor de su vacilacion, cambió de posicion situándose en Padierna, punto intermedio de San Angel y Tlalpam que le pareció inexpugnable. Al saber la defeccion de Valencia conocí el tamaño del mal que amenazaba y la necesidad de acudir ligero á evitarlo en lo posible. Con la division de reserva, compuesta de cuatro mil viejos soldados, sali precipitado en su solicitud. Llegando á San Angel una lluvia de diez horas continuadas me detuvo. Sin poder cerrar los ojos en toda la noche, vi con gusto una hermosa aurora que anunciaba un buen dia y al momento proseguí la marcha

con la division de reserva reforzada con la brigada Rangel; mas todo fue en vano, la oportunidad habia pasado. El invasor no descuidó la presa valiosa que le habia ido á las manos; aprovechando la mala noche la circunvaló cayendo sobre ella al amanecer sin dejarla mover. El torpe ambicioso pagó su temeridad con una derrota vergonzosa, causando á su patria males incalculables y esponiendo á la Capital á escenas deplorables que afortunadamente evitaron mis veteranos con heroicos esfuerzos, deteniendo al enemigo en su marcha triunfal.

Batiéndome en retirada, llegué á las posiciones fortificadas de Churubusco, donde pude hacer frente á las columnas que me seguian y sostenerles el fuego ocho horas, desde las nueve de la mañana á las cinco de la tarde, hasta consumir el parque; y dejando rebajado el orgullo de los invasores, me replegué á la plaza para pasar allí la noche. La batalla de Churubusco fue gloriosa para los mexicanos. La inmovilidad del ejército invasor dió á conocer lo que habia sufrido el dia anterior. El mismo General Scott lo confirmó, abriendo parlamento para proponer que se oyera la comision de Washington llegada á su campo, proposicion á que no le hubiera dado importancia sin la urgente necesidad de reparar la catástrofe de Padierna. ¡Ah! sin la defeccion de Valencia, los invasores quedan sepultados en el Valle de

México. Scott, esplicando á su gobierno el estado de defensa en que encontró la Capital, termina con estas precisas palabras: á la proteccion de Dios debimos no mas haber salido tan bien de la empresa. Mas ¿qué valen las mejores combinaciones ni todos los esfuerzos humanos contra los decretos del destino? A esos invasores afortunados estábales reservado el oro de la California y á los mexicanos el intortunio.

A la suspension de armas siguió el nombramiento de la comision mexicana compuesta de los señores don José Ramon Pacheco, General don José J. Herrera, Lic. D. Bernardo Couto y el General don Ignacio Mora y Villamil.

Las dos comisiones, despues de varias conferencias y de pláticas dilatadas, nada acordaron. Las pretensiones exageradas del gobierno de Washington escandalizaban; no les satisfacía la vasta provincia de Texas en sus límites conocidos sin indemnizacion alguna, querian, ademas, el dilatado territorio de Nuevo México y toda la Alta California; media República por quince millones de pesos *sine qua non*.

Consiguientemente las hostilidades continuaron sin tregua, disputábase el terreno palmo á palmo, la sangre no se economizaba, los cadáveres se mezclaban amontonados; al soldado mexicano sobró valor, patriotismo y abnegacion.

El día 8 de Septiembre el invasor sufrió un

rudo golpe en el Molino del Rey: en veinte minutos perdió más de mil hombres, retirándose á Tacubaya en desorden. Si en tan propicio momento el General don Juan Alvarez da la carga que debió dar, la derrota del enemigo hubiera sido completa. Este suceso por su importancia merece explicacion: Alvarez, con cuatro mil caballos, estaba situado en terreno escogido para maniobrar y con instrucciones diminutas; tuvo al enemigo de flanco á tiro de fusil, en desorden; pero como si nada tuviera que hacer, mantúvose espectador mortado en su mula. Los jefes de tan brillante caballeria, en vindicacion de su honor comprometido, pidieron: «que un hecho tan escandaloso se juzgara en consejo de generales.» Conoció el error que cometí con haber puesto la caballeria á las órdenes de tan inepto General, y dispuse luego su destitucion: las circunstancias no permitieron lo demás.

Otro suceso ocurrió en favor del invasor de no menor importancia el día anterior, y que sin él no habria podido salvarse: vease original. Siento publicar aquí los nombres de los que aparecen culpables por mi natural repugnancia á zaherir la memoria de los muertos; mas cuando los hechos deben aparecer como ocurrieron, no cabe disfraz alguno. Don Francisco Iturbe, rico propietario de los asilados de Tacubaya, por no contribuir con su peculio á los gastos de la guerra, sabedor